



## ¿QUE ES ESPIRITUALIDAD?

Gustavo Gutiérrez

La palabra espiritualidad es tardía en la historia de la Iglesia. Comienza a ser usada hacia el s. XVII. Esta expresión intenta traducir lo que antiguamente se había designado como "sequela Chisti", el seguimiento de Cristo. Y en efecto, toda espiritualidad es un seguimiento de Jesús; el Evangelio nos habla constantemente de él. Los seguidores de Jesús son los discípulos, todos los que lo siguieron y no sólo los que conocemos como los Doce. Por eso también se llama discipulado a esta experiencia de seguimiento de Cristo. Los discípulos directos de Jesús son algo así como los modelos de este seguimiento. Así pues, ser cristiano es ser discípulo, tener una espiritualidad, seguir al Señor.

El término seguimiento evoca a su vez otro muy usado por los primeros cristianos: el de camino. El cristianismo aparece en los hechos como camino. Y el mismo Jesús se había denominado a sí mismo con esa expresión. Según eso el cristiano es un caminante que sigue a Cristo. Idea que ha subrayado con mucho énfasis y perspicacia un film como el Evangelio según San Mateo de Passolini.

Todo camino espiritual, según la Escritura, tiene tres dimensiones fundamentales: encuentro con Cristo, vida en el Espíritu y ruta hacia el Padre. Estas dimensiones son una constante de toda espiritualidad que se pretende cristiana. Pero a la vez, hay maneras propias y distintas de vivirlas lo que da lugar a diversas escuelas de espiritualidad, o diversas espiritualidades. Y así hablamos de la espiritualidad monásti-

---

Tomado de **Cuadernos de Espiritualidad**, Mayo 1984.

ca, franciscana, dominicana, ignaciana, etc. Las modalidades del seguimiento, se deben a la reordenación de los grandes ejes de la vida cristiana que se hace a partir de la experiencia espiritual que marca a una comunidad cristiana o familia religiosa.

**1. Encuentro con el Señor:** ¿Quién dicen Uds. que soy yo? pregunta de Jesús a sus discípulos (cf. Mc. 8).

Al inicio de toda espiritualidad hay en efecto una experiencia de encuentro y de reconocimiento del Señor. Ella constituye el primer momento, el origen del camino espiritual. Tal como nos lo dice San Juan la experiencia de los discípulos es la de haber visto, oído, palpado al Señor, (cf. 1 Jn. 1,1). Luego vendrá el escribir, sistematizar, teologizar, pero lo inicial y fundamental es esta experiencia. Por eso decimos que, la experiencia espiritual es primera y que la teología viene después.

En los Evangelios tenemos diferentes relatos de encuentros con Cristo (cf. Mt. 11,2-6; Mc. 8,27-35). Encontrar al Señor se convierte para los discípulos en el comienzo de una vida nueva (cf. Jn. 1,39). También para Pablo la experiencia del encuentro marcó su vida (cf. Hech. 9,1-30), repite por eso con mucha frecuencia en sus escritos que su conocimiento de Cristo nace de la experiencia que él tuvo del Resucitado. La refiere al momento de su conversión en el camino a Damasco como un encuentro que marca el punto de partida de sus ideas teológicas (cf. Hech.26, 12-18). La experiencia espiritual, entonces, es afirmada como primer momento de la teología paulina. Para Pablo como para Juan la experiencia del encuentro con Cristo es punto de partida del discipulado. Y esta constante bíblica, lo es también de la historia de la espiritualidad. Las grandes experiencias espirituales, las familias religiosas, tienen siempre su origen en la experiencia de encuentro de una persona o grupo.

La experiencia del encuentro está siempre marcada por la iniciativa divina (cf. Jn. 15,16) es fundamentalmente una experiencia de amor. Dios nos eligió y nos amó antes de la creación del mundo, (cf. Ef. 1,4-5). Esta es la primera connotación de toda experiencia espiritual: La comprobación de que Dios nos amó primero (cf. 1 Jn. 4,19).

Este amor primero es la fuente de todo lo que somos,

de nuestra propia existencia como seres humanos. En Cristo, que es la expresión más grande del amor de Dios, hemos sido creados. Esta impronta divina del amor marca nuestro ser de tal manera que sólo somos capaces de realizarnos amando. Porque en el origen de nuestra existencia está el amor. Un amor totalmente gratuito, es decir, sin motivo, sin mérito de nuestra parte. Por eso también la gratuidad marca nuestras vidas de modo que somos llevados a amar y a buscar ser amados gratuitamente, de modo a saber encontrar a Dios en todas las cosas según la expresión de Ignacio de Loyola.

Si esto vale para el conjunto de la vida humana rige especialmente aquí: la experiencia de gratuidad es el espacio del encuentro con el Señor. Sin comprensión del significado de la gratuidad no hay dimensión contemplativa. Y ésta es imprescindible para que el encuentro con el Señor ocurra en profundidad.

Es también en esta perspectiva donde se coloca el sentido profundo de la oración. La oración es un acto gratuito que marca el conjunto de nuestra vida en tanto que nos ayuda a recordar que Dios nos ama primero y gratuitamente. Por eso ha sido definida tan bellamente por Teresa de Avila como "trato de amistad con quien sabemos nos ama". En efecto, vivir la dimensión contemplativa en toda nuestra vida requiere también de momentos y espacios propios. La dimensión contemplativa no se reduce a los momentos de oración, pero estos son necesarios para alimentar aquella. Así como el amor humano no se da solamente cuando se expresa en el gesto o la caricia, pero estos son necesarios para alimentarlo. Lo expresan y nunca lo agotan por eso se pueden repetir indefinidamente. Por otra parte, la oración es un acto "ocioso" que nos recuerda que el Señor está más allá de las categorías de lo útil y lo inútil. Dios no es de este mundo. La gratuidad de su don, creadora de necesidades profundas nos libera de toda alienación religiosa y, en última instancia, de toda alienación. En la oración, como en el amor, lo gratuito es lo más útil, lo más humano.

Finalmente el encuentro con el Señor, que se vuelve fundador de la comunión de los hombres entre ellos y de los hombres con Dios, es la fuente de la alegría cristiana. Alegría que nace del don -del encuentro- ya sentido y todavía esperado, y que se expresa en el presente, pese a la dureza y sufrimien-

tos de la vida. Puede, en efecto, haber momentos malos en el amor, pero sólo como deficiencia, como dificultades, como camino a otra cosa, porque el fruto normal del amor es la alegría. El Evangelio está lleno de esta idea: el encuentro con el Señor produce alegría y evangelizar es compartir esa experiencia de alegría. La mujer que encuentra el dracma perdido llama a todas las vecinas para festejar el encuentro (cf. Lc.15, 8-9) y el padre que hace fiesta por el encuentro con su hijo (cf. Lc. 15,32).

La perla de gran valor en nuestra vida es el amor de Dios que se nos ha regalado en Cristo. El tipo de alegría que estamos llamados a comunicar es una alegría pascual, que no desconoce pero que vence al sufrimiento, que triunfa de la muerte. Porque como nos recuerda San Pablo en Rom. 8,38-39 "ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús Señor Nuestro".

Podemos afirmar, de una manera general, que en toda espiritualidad se da ese encuentro con Cristo que presenta las características señaladas. La Biblia y la historia de la espiritualidad son dos referencias obligadas que confirman este aserto.

El hecho de la variedad de espiritualidades, escuelas y demás, se debe a que ese encuentro con Cristo se da en condiciones diferentes. El encuentro con Cristo de un Francisco de Asís, no es el mismo que el de Teresa de Lisieux, así como la experiencia de Agustín de Hipona difiere de la de Ignacio de Loyola.

Para nosotros, en A.L. hoy, el encuentro con Cristo está muy marcado por la experiencia del encuentro con el pobre, tal como nos lo recuerda Puebla en los nn. 31 a 39: Cristo está en los rostros de los indios, de los niños, de los negros, de los ancianos, de los desposeídos, etc. En ellos encontramos a Cristo en A.L. Encontrar al pobre no es cuestión de palabras o conceptos. Se trata de tener un contacto directo con los pobres, es decir, relaciones personales, amistad, etc. No es posible optar por los pobres sin compartir con ellos algo, sin vivir de alguna manera con ellos. Cristianamente hablando, el encuentro con el pobre está hecho de solidaridad con él.

Encontrar al pobre auténticamente es encontrar al Señor como lo leemos en Mt. 25,31-46 y Lc. 10,25-27 .

Este encuentro con Cristo en el pobre es el punto de arranque de lo que se ha llamado una espiritualidad de la liberación. Y dar testimonio del Señor en este continente de miseria es responder a la pregunta "¿Quién dicen Uds. que soy yo?", con la existencia entera, con nuestra inserción histórica, con nuestra manera de vivir el Evangelio. Esa pregunta sigue abierta, su demanda no termina con nuestra profesión de fe o su sistematización teológica. Es una cuestión siempre exigente para nuestra vida y para la de toda la Iglesia. Ella desafía constantemente nuestra fe cristiana llevándola hasta sus últimas consecuencias. Sólo cuando el encuentro con Jesús se realiza en la profundidad de nuestra vida da origen en ella a una fuerte experiencia espiritual que nos permite responder como Pedro "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo".

**2. Vivir según el Espíritu:** Es la segunda dimensión de toda Espiritualidad. Y ella es precisamente la que le da el nombre. Pero podemos preguntarnos qué entendemos exactamente con ese término. Con frecuencia hemos entendido la espiritualidad como el cultivo del espíritu y hemos tomado ese espíritu como sinónimo de alma, y la vida espiritual como sinónimo exclusivo de la vida interior. Así nos lo han hecho entender algunos escritos filosóficos y algunos tratados de espiritualidad.

Para responder con una expresión de San Pablo diremos que una espiritualidad es seguir el Espíritu, caminar según el Espíritu. Y para San Pablo el Espíritu es fundamentalmente vida. De modo que caminar según el Espíritu es caminar según la vida. La vida que Dios nos da que es una vida total. El discípulo del Señor vive en y según el Espíritu que es libertad y amor porque es vida, y no en y según la "carne" que es ley y pecado porque es muerte. Aunque este tema de la vida según el Espíritu se desarrolla en el conjunto del N.T., es Pablo -y también Juan- en efecto quien le da el tratamiento más amplio, profundo y controvertido. Carne, espíritu, cuerpo son términos empleados en sus escritos que han sellado definitivamente la vivencia y la reflexión cristiana.

Vivir según el Espíritu, que es vida, comprende también la atención a lo que llamamos necesidades materiales. Muy en

concreto, para nosotros, las necesidades materiales de los pobres de este continente, se vuelven exigencias de amor, es decir, exigencias espirituales. Caminar según el Espíritu es también preocuparnos por las necesidades de todo orden de nuestro prójimo.

El ser humano es complejo y presenta necesidades múltiples. Y no se trata aquí de clasificarlas, según prioridades, en espirituales y materiales, como si las primeras fueran las importantes y las segundas las soslayables. Una necesidad profunda del ser humano es el orar, como también lo es el comer. No se pueden identificar, ni confundir, pero tampoco contraponer...

Además, las necesidades de nuestro prójimo, el mundo de la pobreza, se presenta hoy para nosotros, con mucha frecuencia, como manifestación de una situación de muerte en A.L. Efectivamente, la pobreza significa en última instancia muerte injusta, ella produce muerte de diferentes maneras. Y es injusta porque tiene como causa la codicia que es una idolatría (cf. Co 13, 5; Ef. c,5). Al ídolo riqueza se ofrece la sangre de víctimas humanas debido al robo, al desprecio por los más elementales derechos y a toda forma de opresión del pobre por el poderoso. Oprimir al pobre o desentendernos de sus necesidades vienen a ser entonces actitudes contrarias a la vida, es lo que Pablo llama caminar según la carne (Rom, 8,4) que está en clara oposición al camino en el Espíritu. Caminar según el Espíritu es afirmar la vida frente a la muerte. Una espiritualidad que se oriente hacia la vida debe combatir toda expresión de muerte, de muerte física, de muerte moral, de muerte cultural también. Para ello necesitamos entrar en el mundo del pobre. Esta empresa nos exige una gran dosis de humildad. Y ésta nace de nosotros de la vivencia de lo que el Evangelio llama la infancia espiritual. Medellín la define como una "actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor" (cf. Pobreza n. 4). Y en efecto la infancia espiritual es una de las nociones más importantes del Evangelio, ella es la postura de quien acepta el don de la filiación divina y responde a él forjando la fraternidad. Esa actitud ante el Señor y los hermanos es la que se requiere para entrar en el mundo del pobre. Es una condición ineludible para la solidaridad, porque sólo desde la infancia espiritual es posible comprometerse verdaderamente con los pobres y oprimidos

de nuestro subcontinente.

En el cap. 8 de la Carta a los Romanos, Pablo describe la vida según el Espíritu y la contrapone a la vida según la carne. La espiritualidad, manera de ser cristiano, estriba en marchar según el Espíritu, fuerza de vida que libera al ser humano de la muerte, el pecado y la esclavitud. Ser cristiano es ser libre de toda coacción exterior: "Donde está el Espíritu del Señor hay libertad" (II Cor. 3,17). Libertad puesta al servicio de Dios y el prójimo. Rechazar la fuerza de la carne no significa despreciar el cuerpo ni sus expresiones. Por el contrario la espiritualidad cristiana consiste en asumir el cuerpo liberado, y desde allí poder orar: "Abbá, Padre" y entrar en comunión fraterna con los demás. La vida según el Espíritu no es por lo tanto la existencia según el alma, y contra o sin el cuerpo; sino de acuerdo con la vida, el amor, la paz y la justicia -grandes valores del Reino de Dios- y contra la muerte. En eso consiste la vida espiritual de los cristianos "herederos de Dios y coherederos de Cristo" (Rom 8,17), porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios.

**3. Actitud global y colectiva.** Es la tercera dimensión de toda espiritualidad. No hay espiritualidad si solamente toma una parte de nuestra existencia cristiana. La espiritualidad engloba toda la existencia cristiana; lo que llamamos vida espiritual comprende absolutamente todo. Es una actitud global, porque seguir a Jesús cubre nuestro pensamiento, nuestro comportamiento, nuestra actitud frente a El y frente a los hermanos. Una expresión que quiere recoger este significado es "estilo de vida". Ella implica globalidad y no se reduce únicamente a mi vida intelectual, ni a los actos "espirituales" o religiosos, prácticas sacramentales o de oración. Ninguna espiritualidad se limita a eso. Todas son experiencias globales. Porque la espiritualidad comprende el conjunto de la vida cristiana y ningún aspecto de la vida queda fuera de ese proceso, de ese camino. La globalidad viene de que estamos ante un camino movido por el Espíritu que "nos llevará a la verdad completa" (Jn. 16,13). La verdad que informa el conjunto de nuestra vida y "nos hace libres" (Jn. 8,32). Una lectura superficial de Pablo podría hacer pensar por otra parte que la vida según el Espíritu que nos propone se mueve sólo en el ámbito de lo personal y de lo recoleto. Pero la importancia que en su mensaje tiene la teología del Cuerpo de Cristo impide ya ese tipo de interpreta-

ciones porque hace ver las dimensiones sociales del proceso. El libro de los Hechos, además, utiliza el término camino para designar a los cristianos, seguidores del Señor (cf. Hech. 9,1-5; 22,4). Es el camino por el cual el Espíritu lleva a través de la historia al nuevo "pueblo mesiánico" que es la Iglesia. Esa travesía histórica será colectiva porque la realiza toda la comunidad. Y es un estilo de vida que se comunica sobre todo a través del testimonio y que es susceptible de seguimiento por otros (cf. 1 Cor. 4,16).

Los modelos bíblicos del Exodo y de la primitiva Iglesia han marcado la experiencia y la reflexión cristiana en lo que concierne a la senda a seguir en la búsqueda de Dios. Ellos han inspirado los caminos de los grandes místicos y también aquellos que sigue el pueblo cristiano en su conjunto.

"Caminar según el Espíritu" es algo que se hace al interior de una comunidad, de un pueblo en marcha. Esa es una dimensión que tienen todas las espiritualidades. Afirmar que el seguimiento de Jesús es una aventura colectiva no es suprimir la dimensión personal, es por el contrario, darle su verdadero sentido como respuesta a la convocación del Padre.

Globalidad y comunidad son pues las dos connotaciones insoslayables de todo estilo de vida cristiana. Esa globalidad se constituye a partir de experiencias que rehacen a su manera la ruta, establecen una jerarquía diferente, y reordena los grandes ejes de la vida cristiana a partir de ciertas intuiciones fundamentales.

Ambas exigen del discípulo una actitud de permanente conversión. Convertirse, cambiar de mentalidad, cambiar de corazón es la condición de posibilidad de toda espiritualidad. Sin la conversión no tomamos un nuevo rumbo; porque no se trata, ya lo dijimos, de cambiar un aspecto de nuestra vida sino de cambiar el centro de ella, lo que nosotros llamamos el corazón y que los judíos con un lenguaje mucho más expresivo llamaban las entrañas... Se trata, pues, de convertir el centro de la persona.

Encuentro con el Señor, vivir según el Espíritu, itinerario global y comunitario son dimensiones de todo caminar en búsqueda de Dios. No hay ruta trazada de antemano, se va haciendo camino al andar. La espiritualidad, en efecto, es el



terreno de la acción del Espíritu, y se halla por consiguiente marcada por la libertad. La libertad de los hijos de Dios. Se trata de lo que Ignacio de Loyola llama "la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones". Como dice Santiago en un hermoso texto, seremos juzgados "por la ley de libertad" (2,12). Apagar el Espíritu (cf. 1Tes. 5,19) es eliminar su fruto: el amor, y los gestos hacia Dios y el prójimo en los que la caridad se expresa. Esas obras son las que serán juzgadas según la ley de la libertad, fruto del Espíritu.



*envío*

**PUBLICACION MENSUAL  
DEL INSTITUTO HISTORICO CENTROAMERICANO**

**CADA NUMERO LE OFRECE:**

- \* *Un análisis sistemático de la coyuntura nicaragüense.*
- \* *Informes sobre temas básicos para comprender la evolución del proceso revolucionario.*

**INFORMACION Y ANALISIS DE NICARAGUA  
DESDE NICARAGUA**

**Suscripción anual (12 números):**

**NICARAGUA: C\$250.00**

**AMERICA LATINA Y CENTROAMERICA: U.S.\$20.00**

**ESTADOS UNIDOS Y EUROPA: U.S.\$35.00**

Se distribuye en el extranjero en inglés, francés, alemán y español.

**PIDA INFORMACION A ENVIO  
INSTITUTO HISTORICO CENTROAMERICANO**

Apartado A-194  
Managua, Nicaragua